

La vida soñada de Rachel Waring





*La vida soñada
de Rachel Waring*



STEPHEN BENATAR

*Traducción del inglés a cargo de
Jon Bilbao*



IMPEDIMENTA



Título original: *Wish Her Safe at Home*

Primera edición en Impedimenta: enero de 2015

Wish Her Safe at Home

Copyright © 1982, Stephen Benatar

All rights reserved

Copyright de la traducción © Jon Bilbao, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-15979-53-1

Depósito Legal: M-36548-2014

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Como en anteriores ocasiones, dedico con amor este libro a mi familia, y con especial agradecimiento a Prue, por sugerir cambios pequeños, si bien importantes, para la presente edición.
(Gracias también a tu cohorte: Katie y Pascale.)*

*Este libro está también dedicado a Charlotte Barrow.
Siempre te estaré agradecido por rescatarlo, en 1982, del montón de manuscritos no solicitados.*

Y, finalmente, a mi compañero, John. Gracias, querido.

I

Al alcanzar la mediana edad mi tía abuela se convirtió casi en una reclusa y, cuando murió, yo recordaba muy pocas cosas de ella, porque la última vez que visité el sofocante semi-sótano en St. John's Wood había sido treinta y siete años antes, en 1944, cuando yo solo tenía diez años. Quizás mi más vivo recuerdo era el de cómo nos contó, de cabo a rabo y sin cambiar una coma, a mi madre y a mí, al menos media docena de veces, como si de su cuento de hadas favorito se tratara, una obra de teatro titulada *Agridulce*. No puedo creer que fuera el único espectáculo del que había disfrutado de veras, pero así lo daba a entender; quince años después de haberla visto, seguía hablando de la obra como si hubiera asistido a su representación la noche anterior. Y a continuación nos interpretaba siempre las dos mismas canciones. Aquella mujer más bien regordeta se ponía en pie y, con las manos apoyadas sobre el pecho o con los brazos abiertos, la mirada penetrante y empañada, y la voz un poco ronca, entonaba las baladas con un estilo tan vibrante

que mi madre y yo bajábamos la vista, y yo me clavaba las uñas en las palmas de las manos, en lo que suponía un extraño momento de comunión para ambas. Y casi cuarenta años después yo aún escuchaba, con toda claridad, cantar a mi tía Alicia: «Al descender las sombras pienso que solo con que...». A continuación seguía un silencio breve y sacramental.

... alguien excepcional de veras me necesitara,
alguien afectuoso y encantador,
los pesares concluirían, si supiera que
él desea tenerme cerca...

Memoricé sin esfuerzo este pequeño fragmento y una tarde, en el recreo, sorprendí a las demás niñas al soltarlo de repente. Las canciones más populares del momento eran *Swinging on a Star* y *Don't Fence Me In* y otras de ese tipo, que te subían la moral y que te hacían un nudo en la garganta, como *The White Cliffs of Dover*, pero aquella canción se convirtió en un éxito fulminante; era una rareza y no dejaban de pedírmela: «La canción de fiesta de Rachel». Mis perversas imitaciones de la anciana (cincuenta y siete años cuando la vi por última vez), que yo ejecutaba exagerando cada vez más y más, me proporcionaban aceptación y reconocimiento. A menudo, por supuesto, me sentía culpable; prometía dejar de hacerlo. Sin embargo, al día siguiente me convencía de que no causaba perjuicio alguno a mi tía abuela y sin duda a mí me reportaba muchos beneficios, en cierto modo. Me resultaba francamente difícil conciliar estas imitaciones con la convicción que ya para entonces tenía: que deseaba con toda mi alma «ir al cielo».

Cada vez que mi madre y yo salíamos de Neville Court, ella decía algo como: «Pobre Alicia. Lo único que se puede hacer con ella es tomársela con sentido del humor».

—¿Está loca? —pregunté en una ocasión.

—Por Dios, no. O al menos...

Aguardé.

—En caso de estarlo —continuó—, es completamente feliz. Muchos le envidiarían esa forma de locura.

En mi opinión, la tía Alicia no era precisamente la viva imagen de la felicidad: rechoncha, mejillas fofas, la cara densamente empolvada; usaba vestidos que, como decía mi madre, debían de llevar en el armario toda la vida, y que probablemente no le quedaban bien ni cuando eran nuevos. Una mujer que, como luego llegué a creer, escrutaba los rincones oscuros de aquella estancia recargada y sofocante en busca de algo inasible, seguramente de alguien excepcional, alguien afectuoso y encantador. No, a los diez años, no me parecía en modo alguno una persona envidiable. Ni me lo pareció cuando tuve veinte, la verdad. Ni treinta... ni nunca.

Y luego mi madre dijo:

—Lo cierto es que una vez tu padre mencionó ciertos antecedentes de locura en su familia. —Pausa—. Así que las niñas *malas* deberían estar atentas, por lo que pueda pasar. ¿No crees?

Por la risa que siguió al último comentario me di cuenta de que se trataba de una broma. En cualquier caso, yo no era especialmente mala. En general era una niña tranquila que no buscaba llamar la atención de los demás. Me habría sorprendido —y aterrado— saber lo que en breve se revelaría en el patio del colegio.

Cuidaba de la tía Alicia una irlandesa grandullona y jactanciosa llamada Bridget, que puede que una vez me salvara la vida, al soltar un grito, cuando yo iba a pulsar el interruptor de la luz de la cocina con las manos mojadas y cubiertas de jabón. Y cuando mi tía abuela se mudó de St. John's Wood

sin informar a nadie de a dónde se dirigía, Bridget la acompañó. Ni siquiera dieron su nueva dirección al portero; y él no recordaba el nombre de la empresa de mudanzas. Dejamos de recibir felicitaciones de Navidad y de cumpleaños, y poco a poco nos olvidamos por completo de Neville Court y de la vida recluida que allí se llevaba. El fragmento de canción y las imitaciones —si se las podía llamar así— se volvieron cosas del pasado.

Ni siquiera cuando mi madre falleció tuve noticias suyas. Sin detenerme a pensar mucho en ello, supuse que Alicia también habría muerto.

Pero no era así. Por aquel entonces aún le quedaban una docena de años por delante.

Supe posteriormente que ella y Bridget habían ido a parar a Bristol; y que allí Bridget se suicidó a los ochenta y cuatro años, y allí la tía Alicia, diez años mayor que ella, había seguido conviviendo con el cuerpo sin vida de Bridget, en la misma casa; una situación que solo salió a la luz al cabo de dos semanas, dos semanas de cellisca y nieve y temperaturas bajo cero. Bridget fue trasladada al depósito de cadáveres del St. Lawrence's, y Alicia al pabellón geriátrico del mismo hospital.

—Una historia trágica... —me contó la señora Pimm, la asistente social, una mujer de cara redonda y rebosante de salud, cuando por fin me decidí a hacer averiguaciones—. Trágico —reiteró, en un tono que parecía denotar satisfacción y que, a pesar del tiempo transcurrido, mantenía el entusiasmo del buen narrador—. La anciana solo aguantó un mes o dos. Qué manera de acabar... Imaginarlo ya es espantoso, ¡no digamos hablar de ello! ¡Más aún si pensamos en sus orígenes! Saltaba a la vista que provenía de una familia de clase media, con una posición acomodada, que probablemente habría recibido una educación rigurosamente victoriana. Seguro que

tuvo una niñera que le empolvaba amorosamente el culito... Una chica mona, imagino; la típica niña mimada...

La señora Pimm frunció los labios y meneó la cabeza y guardó silencio: un pésame bastante poco convincente. Su pequeña oficina, blanca y funcional por lo demás, albergaba una foto enmarcada de su familia sobre el escritorio y dos acuarelas de gran formato en la pared, ambas de jardines.

—Como la mujer de los gatos —dijo.

—¿Gatos?

—Sí. ¿No lo ha leído? Nueve. Sus mascotas. Cuando murió, también ella muy vieja, las pobres criaturas no tenían nada de comer, así que la devoraron a *ella*... y después se devoraron entre sí. Bueno, así es la naturaleza, la supervivencia, supongo. Pero la más pequeña de mis niñitas me dijo: «¿Mamá, y si no aguantaron hasta el último momento?». La hice callar de inmediato, claro, pero luego no me lo podía quitar de la cabeza.

Sentí un escalofrío.

—Y a menudo pienso que también ella habría sido un bebé al que le empolvarían el culito, y que estaría rodeada de regimientos de parientes que la adorarían y la besarían en la boquita... Toda la carne en torno a la boca, ¿sabe usted?, estaba desgarrada.

Cerró los ojos y realizó una serie de solemnes asentimientos.

—Horrible.

—Estoy segura de que nunca pensó que acabaría así.

En cierto modo, su risa no fue cruel, pues más que de la pobre mujer con nueve gatos de zarpas afiladas, se reía de las ironías que tiene la vida.

—Linda Darnell, la gran actriz, murió en un incendio —siguió—. C. B. Cochran, escaldado en la bañera. Seguro que hasta ese momento habían sido la envidia de todos: sus vidas cuajadas de éxitos, el *glamour*...

No cabía duda de que coleccionaba un catálogo de desgracias similares. Y sí, provocaban en ella algo próximo al entusiasmo: un mecanismo compensatorio mediante el cual se protegía de la carencia de belleza o *glamour* o éxito que echaba de menos en su propia vida.

La oficina se había ido volviendo más y más claustrofóbica: las paredes se acercaban, el techo descendía. Era imposible que aquella mujer te cayera bien. Me contó la historia de un tipo que se había tirado al vacío desde una ventana en Nueva York. Estaba decidido a matarse y lo logró. Pobre hombre. Además, mató al caballero sobre el que había aterrizado. Seguro que pensó que las cosas no podían empeorar, pero debía haber hecho caso a William Shakespeare, ¿verdad? Las cosas *siempre* empeoran.

Definitivamente, era imposible que te cayera bien.

Y sin embargo seguí allí sentada, y sin embargo la escuché. ¿Por qué? Al final logré reconducir la conversación al tema de mi tía abuela.

—¿Está al corriente de que estaba majareta? —preguntó—. El misterio es... ¿cómo se las apañaron ella y la irlandesa para sobrevivir? Ya hubiera resultado increíble que lo logaran durante treinta y siete días, ¡pero treinta y siete años! A veces, según los vecinos, eran las personas más dulces del mundo, ¡pero otras veces las oían gritar de tal manera que temían que se estuvieran matando entre ellas! Igual que un manicomio, decían los vecinos. Daban gracias al cielo por lo sólido y grueso de aquellos muros. Presentaron innumerables quejas en el ayuntamiento.

Pregunté cuál había sido el resultado de esas quejas, pero la señora Pimm pareció no oírme.

Dijo:

—Uno se imagina que los últimos días de su existencia

transcurrirán apaciblemente, ¿no? El comienzo de una época dorada. Los rayos del sol poniente reflejados sobre el agua. No la mugre —me dejó caer—, la miseria. La montaña de basura en una habitación, en una de aquellas habitaciones tan espaciaosas...

Sin embargo, yo ya estaba al tanto; lo había visto con mis propios ojos.

Me acompañó a la salida; insistió en escoltarme hasta la puerta principal.

—Y ahora, aquí está usted —dijo—. Supongo que ninguno sabemos lo que nos aguarda a la vuelta de la esquina.

Creo que su intención fue, de algún modo, tranquilizarme. Mientras la señora Pimm regresaba a su fotografía en color de un marido con mejillas iguales a las suyas, rojas como manzanas, y de tres hijas con sonrisas idiotas, mientras regresaba a sus jardines veraniegos repletos de rosas, yo caminaba pensativa hacia la parada de autobús y recordaba cómo Bridget, mientras metía la tarta en el horno, me dejaba rebañar con el dedo el cuenco donde había preparado la masa. Me acordé de cuando me contaba las películas que veía en sus días libres, y de cuando me hablaba de los dos rebeldes sobrinos que tenía en Donegal, y que pretendían casarse conmigo.

Naturalmente, pensé asimismo en mi tía abuela. Volví a oír sus descripciones de vestidos de baile —todos en tonos pastel— que giraban y giraban, y de lady Shayne, anteriormente Sarah Millick, enemiga de los convencionalismos y siempre huyendo de la felicidad (y también de la tragedia, ¿pero no sería que había sacrificado la primera para evitar la segunda?), ya canosa y con más de setenta años, pero conservando la figura juvenil y luciendo un exquisito vestido largo. Al final de la obra, debido al ensimismamiento de cuantos hasta entonces la habían rodeado, se queda sola en el escenario. Lentamente, lo recorre

hasta ocupar el centro. Al principio permanece inmóvil. A continuación comienza a reír. Una risa extraña, entrecortada, desdeñosa. De pronto despliega los brazos.

Aunque mi mundo se ha venido abajo,
aunque el final se halla próximo,
os amaré hasta la muerte.
¡Adiós!

En eso pensaba mientras esperaba pacientemente el autobús que me sacaría de allí: en la única velada sin mácula de la extensa pero decepcionante vida de la tía Alicia; una velada repleta de simpatía, excelencia, gozo y, casi con toda seguridad —a sus cuarenta y dos o cuarenta y tres años—, de esperanzas de romance.